

Jean Paul Lafargue.

El método histórico

Esta Edición: Marxists Internet Archive, año 2001

Todo burgués proclama que sus acciones privadas y públicas se inspiran en el Progreso, en la Justicia, en la Patria, en la Humanidad, etc. No se necesita otra cosa, para convencerse, que repasar los anuncios de los industriales y de los negociantes, los desplegados de los financieros y los programas electorales de los políticos.

Las ideas de Progreso y de evolución son de origen moderno, son una transposición en la historia de la perfectibilidad humana, puesta a la moda por el siglo XVIII. La burguesía debía fatalmente considerar su llegada al poder como un inmenso progreso social, mientras que la aristocracia se le oponía como un desastroso retroceso. La Revolución Francesa, porque se efectuó más de un siglo después que la Revolución Inglesa y, en consecuencia, en condiciones más maduras, sustituyó tan brusca y tan completamente a la nobleza por la burguesía, que desde entonces la idea de Progreso se implantó en la opinión pública de Europa. Los burgueses se creen fundadores del poder del Progreso. Afirman de buena fe que sus hábitos, costumbres, virtudes, moral privada y pública, organización social y familiar, industria y comercio superan todo lo que anteriormente ha existido. El pasado no es otra cosa que ignorancia, barbarie, injusticia y sinrazón: "En fin, y por la primera vez -gritaba Hegel- la Razón viene a gobernar el mundo".

Los burgueses de 1793 la deificaron; ya, a principios del periodo burgués en el mundo antiguo, Platón la declaraba superior a la Necesidad (Timea) y Sócrates reprochaba a Anaxágoras el haber explicado todo en su cosmogonía, por causas materiales, sin haber hecho ningún empleo de la Razón, de la cual

se puede esperar todo (Fedón). El dominio social de la burguesía es el reino de la Razón.

Pero un acontecimiento histórico, aunque sea tan importante como la ascensión al poder de la burguesía, no alcanza por sí solo para probar el Progreso. Los deístas habían hecho de Dios el único autor de la historia; los idealistas, no deseando que se pudiera decir que el Progreso se había portado en el pasado como Idea perezosa, descubrieron que durante el Medievo había preparado el triunfo de la burguesía, organizándola, dándole una cultura intelectual y enriqueciéndola, mientras desgastaba las fuerzas ofensivas y defensivas de la aristocracia y demolía piedra por piedra la fortaleza de la Iglesia. La idea de evolución debía, pues, introducirse naturalmente a continuación de la idea de Progreso.

Pero para la burguesía no hay más evolución progresiva que aquella que prepara su triunfo, y como sus historiadores no pueden comprobar su desarrollo orgánico sino a través de una decena de siglos, pierden su hilo de Ariadna cuando se aventuran en el dédalo de la historia anterior, de la cual se conforman con narrar los hechos, sin lograr colocarlos en series progresivas. Como el punto de llegada de la evolución progresiva es la instalación de la dictadura social de la burguesía, obtenido este objetivo, el Progreso debe cesar de progresar: en efecto, los burgueses, que proclaman que su toma de poder es un progreso social, único en la historia, declaran que sería un retorno a la barbarie, "a la esclavitud", dice Heriberto Spencer, si ellos fueran desalojados por el proletariado. La aristocracia vencida no había considerado de otra manera su derrota. La creencia en la detención del Progreso, instintiva e inconsciente en las masas burguesas, se manifiesta consciente y razonada en los pensadores burgueses.

Hegel y Comte, para no citar sino a dos de los más célebres, afirmaban rotundamente que su sistema filosófico cierra la serie, que es el coronamiento y el fin de la evolución progresiva del pensamiento. Así, pues, filosofía e instituciones sociales y políticas progresan hasta llegar a su forma burguesa; luego, el Progreso no progresa más.

La burguesía y sus más inteligentes intelectuales, que fijan límites infranqueables al Progreso progresivo, hacen todavía algo mejor; sustraen de su influencia a los organismos sociales de primera importancia. Los economistas, los historiadores y los moralistas, para demostrar de una manera irrefutable que la forma paternal de la familia y la forma individual de la propiedad no se transformarán, aseguran que han existido en todos los tiempos. Emiten estas imprudentes afirmaciones en el momento en que las investigaciones, emprendidas desde hace medio siglo, ponen al día las formas primitivas de la familia y de la propiedad. Estos burgueses sabios las ignoran, o razonan como si las ignoraran.

Las ideas de Progreso y de evolución tuvieron un auge extraordinario durante los primeros años del siglo XIX; entonces, la burguesía estaba todavía embriagada con sus victorias políticas y con el prodigioso desarrollo de sus riquezas económicas; filósofos, historiadores, moralistas, políticos, novelistas y poetas acomodaban sus escritos y discursos a la salsa del Progreso progresivo, de quien Fourier era el único o casi el único en burlarse. Pero hacia la mitad del siglo debieron calmar su inmoderado entusiasmo; la aparición del proletariado sobre el escenario político en Inglaterra y en Francia engendró en el espíritu de la burguesía algunas inquietudes sobre la eterna duración de su dominio social; el Progreso progresivo perdió sus encantos. Las ideas de Progreso y evolución habrían terminado por dejar de tener curso en la freaseología burguesa si los hombres de ciencia, quienes desde el fin del siglo XVIII se habían apoderado de la idea de evolución, que circulaba en la sociedad para explicar la formación de los mundos y la organización de los vegetales y animales, no les hubieran dado un valor científico y una popularidad tales que fue imposible escamotearlas.

Pero comprobar el desarrollo progresivo de la burguesía en un cierto número de siglos no explica este movimiento histórico, del mismo modo que con trazar la curva de la caída de una piedra no se explican las causas de su caída. Los historiadores filósofos atribuyen esta evolución a la acción incesante de las "Ideas-fuerzas", de la Justicia, principalmente, la más fuerte de todas,

quien, según un filósofo tan idealista como académico, "está siempre presente, a pesar de que ella no llega sino por grados al pensamiento humano y a los hechos sociales". La Sociedad y el pensamiento burgués son, pues, las últimas y las más altas manifestaciones de la Justicia inmanente, y para obtener estos hermosos resultados esta "Dama" ha trabajado en los subterráneos de la historia.

Consultemos el expediente judicial de la susodicha "Doncella" para enterarnos de su carácter y de sus costumbres.

Una clase dominante considera siempre que lo que sirve sus intereses económicos y políticos es justo, y lo que le perjudica es injusto. La Justicia que ella concibe se realiza cuando sus intereses de clase se satisfacen. Los intereses de la burguesía son, pues, los guías de la justicia burguesa, como los de la aristocracia eran los de la justicia feudal; así, por ironía inconsciente, se simboliza a la Justicia con una venda sobre los ojos, para que ella no pueda ver los mezquinos y sórdidos intereses que protege con su escudo.

La organización feudal y corporativa, lesionando los intereses de la burguesía, era, según ella, tan injusta, que su Justicia inmanente resolvió destruirla. Los historiadores burgueses cuentan que ella no podía tolerar los robos a mano armada de los barones feudales, quienes no conocían otros medios de agrandar sus tierras y de llenar sus bolsillos. Lo cual no impide que la honesta Justicia inmanente aliente los robos a mano armada que, sin arriesgar la piel, los pacíficos burgueses hacen cometer por los proletarios disfrazados de soldados, en los países atrasados del antiguo y del nuevo mundo. No es este género de robo el que gusta a la virtuosa "Dama"; ella no aprueba solemnemente y no autoriza, con todas las sanciones legales, más que el robo económico, que, sin ruidosa violencia, la burguesía practica diariamente sobre el trabajo asalariado. El robo económico conviene tan perfectamente al temperamento y al carácter de la Justicia, que ésta se transforma en perro guardián de la riqueza burguesa, porque es una acumulación de robos tan legales como justos.

La Justicia, quien, al decir de los filósofos, ha hecho maravillas en el pasado, que reina en la sociedad burguesa y que conduce al hombre hacia un porvenir de paz y de felicidad, es, por el contrario, la madre fecunda de las iniquidades sociales. Es la Justicia la que ha dado al esclavista el derecho de poseer al hombre como a una bestia; es también ella la que da al capitalista el derecho de explotar a los niños, a las mujeres y a los hombres del proletariado, pero que a las bestias de carga. Es la justicia la que permitía al amo castigar al esclavo, y quien endurecía su corazón cuando lo laceraba de golpes; es también ella la que autoriza al capitalista a apoderarse de la plusvalía creada por el trabajo asalariado y quien tranquiliza su conciencia cuando paga con salarios de hambre el trabajo que le enriquece. "Uso de mi derecho" -decía el amo castigaba al esclavo-; "uso de mi derecho" -dice el capitalista cuando roba al asalariado el fruto de su trabajo.

La burguesía, relacionando todo consigo misma, decora con el nombre de Civilización y de Humanidad su orden social y su manera de tratar a los seres humanos. Para exportar la civilización a los pueblos bárbaros, sacarlos de su grosera inmoralidad y mejorar su miserable condición de vida, emprende sus expediciones coloniales, y su Civilización y su Humanidad se manifiestan bajo la forma del embrutecimiento por el cristianismo, de envenenamiento por el alcohol y el despojo y exterminio de los indígenas.

Pero se equivocaría quien pensara que ella favorece sólo a los bárbaros con los beneficios de su Civilización y de su Humanidad, y que no reparte tales beneficios sobre la clase obrera de los países donde ella domina. Su Civilización y su Humanidad se miden por la masa de hombres, de mujeres y de niños desposeídos de todos los bienes, condenados al trabajo forzado de día y de noche, a la desocupación periódica, al alcoholismo, a la tuberculosis, al raquitismo; por el número creciente de delitos y de crímenes; por la multiplicación de los asilos de alienados, y por el desarrollo y perfeccionamiento del régimen penitenciario.

Jamás ninguna clase dominante ha hecho tanto alarde del Ideal, porque jamás ninguna clase dominante ha tenido tanta necesidad de enmascarar su

palabrería idealista. Este charlatanismo ideológico es su más seguro y eficaz medio de engaño político y económico. La chocante contradicción entre las palabras y los hechos no ha impedido a los historiadores y filósofos tomar las Ideas y los Principios eternos como únicas fuerzas motrices de la historia de las naciones dominadas por la burguesía. Su error monumental, que sobrepasa la medida permitida a los mismos intelectuales, es una prueba incontestable de la acción que ejercen las Ideas, y de la astucia con la cual la burguesía ha sabido cultivar y explotar esta fuerza para sacar los beneficios.